

## En torno a Foucault, las almas académicas y la microfísica universitaria

Por: Juan Manuel Lucas

El presente artículo ofrece un análisis crítico sobre las formas de apropiación con que las instituciones educativas han abordado el legado intelectual de Michel Foucault. Se orienta, en este sentido, a leer en clave foucaultiana la actualidad de la Facultad de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Nacional de Cuyo, recuperando una de las últimas propuestas teóricas del autor en cuestión: «contraconducta»

### **Abstract:**

*This article offers a critical analysis of some the forms in which educational institutions have appropriated the intellectual legacy of Michel Foucault. In this sense, it attempts to read from a foucauldian point of view key, the current scene of the College of Social and Political Sciences of the Universidad Nacional de Cuyo, through one of his last theoretical contributions: that of «counter-behavior».*

### Michel Foucault: Perversiones y sutilezas del poder

«No existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder»

(Foucault, M, 1991: 35)

Michel Foucault, implacable crítico de las más sólidas e inmovibles certezas modernas, floreció sus propuestas a lo largo de toda Europa polemizando con figuras como Lacan, Levi Strauss, Althusser, el mil veces rebatido Sartre. Construyó un inclasificable itinerario teórico reelaborando una larga serie de problemáticas desde la sintética articulación de lo que él mismo definió como «arqueología del saber» y «genealogía del poder».

Cualquier intento de aproximación hacia él exige una buena dosis de herética iconoclastia. Leer a Foucault precisa trasponer las impugnaciones de los centinelas de la corrección académica. Olvidar los cánones escolásticos que adiestran las formas en que «debe» leerse a este exquisito referente del pensamiento post o antimoderno.

*Vigilar y Castigar* llegó a la Argentina como libro prohibido durante el proceso cívico-militar del tándem Martínez de Hoz-Videla. Inabordable desde rotulaciones terminantes, en la Argentina de principios de los '80, Foucault no podía ser más atractivo para un progresismo avergonzado por sus recientes devaneos revolucionarios.

Aquella obra realizaba una pormenorizada genealogía del saber occidental que, desde el primitivo y brutal cadalso, y por intermedio de un paulatino y contradictorio proceso de «economización» de poder, proliferó en una inmensa red de discursos bio y anatomopolíticos que garantizaban una multiplicidad de mecanismos de disciplinamiento, sometimiento y normalización «legítimos» y «verdaderos».

América Latina presentaba abismales diferencias con aquel «panóptico social occidental». Las relaciones de poder no se caracterizaban por el carácter sutil e intangible que adquirirían en las sociedades imperialistas. El capital extranjero se imponía con toda su brutalidad ahogando a Latinoamérica desde arcaicos y

brutales dispositivos de poder. Nada más alejado de la microfísica del poder y sus ingeniosos dispositivos de normalización que los vuelos de la muerte, la picana, el submarino o los fusilamientos simulados, la inmanencia de Kissinger y sus variantes posproceso.

La Argentina inmediatamente posterior a la dictadura no era precisamente una sociedad altamente integrada gracias al incesante accionar de instituciones disciplinarias legítimas de vigilancia y normalización, cuyos fundamentos «verdaderos» se desprendían de una basta red que traducía capilarmente las relaciones de poder desde los microespacios hacia, por caso, el Estado como macroestructura de poder.

Mientras en Europa, en un proceso que duró siglos, la confesión medieval católica había derivado en el dispositivo disciplinario psicoanalítico, o el cruel patíbulo se había transformado gracias a infinitos discursos médicos, jurídicos, arquitectónicos, etcétera, en la eficiente prisión occidental, Argentina había atravesado un proceso relativamente análogo en apenas una década y alrededor de dos paradójicas «primaveras»: la camporista y la alfonsinista. A pesar de garantizar la continuidad económica y social del Proceso, el terrorismo de Estado mutó hacia las ansiadas «garantías constitucionales», entre los intersticios de los campos de concentración resurgió el derecho de habeas corpus, los gobiernos de hecho dieron paso a los gobiernos de derecho. Aquel poder que había llegado a la perversión de exterminar sus propios espacios de inscripción desapareciendo los cuerpos, comenzaba a diluirse en una extensa y flexible red inclusiva, democrática y molecularmente dispersa orientada a la producción de subjetividad, utilidad, civilización.

Desde entonces, Foucault ha sido objeto de innumerables lecturas y relecturas, reseñas, polémicas y comentarios. Pocos han trascendido las inescrutables y simiescas emulaciones con que aquella *intelligentia* satirizada por Jauretche intenta simular un pensamiento propio.

De las muchas derivadas que pueden rastrearse tras una frondosa y heterogénea obra, quizás ninguna se haya generalizado tanto en nuestras universidades como aquella que tiene por eje a la denominada «microfísica del poder».

Con esta última, Foucault intentó reelaborar conceptualmente todas las teorías occidentales sobre el poder, abordándolo desde una nueva dimensión de análisis:

las relaciones de poder se estructurarían desde los intersticios y fisuras de todos y cada uno de los espacios sociales. Como relación inmanente a la vida social, cada rincón de la experiencia está atravesado por relaciones de saber-poder que definen en su tensión el carácter «verdadero» y/o «legítimo» de prácticas y discursos.

Aun cuando durante las últimas décadas la Argentina ha aparecido una y otra vez al borde de la disolución, hoy se encuentra parcialmente integrada a ese Occidente del que la Toma de la Bastilla es génesis. Pensar la microfísica del poder exige orientar el análisis hacia esos nichos, espacios, recodos, en que la razón occidental y sus derroteros disciplinantes, hegemonizan cada centímetro, cada gesto, cada palabra: la clínica, el psiquiátrico, la universidad.

#### **La producción de almas académicas: hacia una microfísica universitaria**

«Todo sistema de educación es una forma política de mantener o de modificar la adecuación de los discursos, con los saberes y los poderes que implican»

(Foucault, M., 1992: 38)

El tránsito de la perversidad antieconómica que suprimía los cuerpos durante la dictadura hacia las sutilezas de un poder democrático mucho más eficiente que reconocía a estos últimos como materia susceptible de manipulación, administración y utilidad se cristalizó en la reconquista de heterogéneos espacios institucionales.

El poder dictatorial había considerado a la Sociología como una disciplina sediciosa, insurrecta, sublevatoria; la primavera democrática la veía de otra manera: un inmenso campo de saberes útiles para sostener el poder y sus exigencias de lo que el último Foucault definiría como gubernamentalidad: «Las diferentes formas de racionalidad, de instrumentalizar la conducta y las esferas prácticas destinadas de diversos modos a controlar los individuos y las colectividades...» (Lemke, T., Legrand, S. y otros, 2006: 10).

«Al introducir la problemática de gobierno, Foucault subraya que el poder entraña fundamentalmente guiar y conducir, es decir, tiene que ver con las formas de autogobierno, con cómo se estructura y se moldea el campo de las posibles

acciones de los sujetos. El concepto de poder como guía no excluye el consenso ni el recurso de la violencia sino que implica la reformulación de la coerción o del consenso como medios de gobierno entre otros...» (Lemke, T., Legrand, S. y otros, 2006: 12). La reapertura de la Facultad de Sociología a principios de los '80 simbolizaba el tránsito histórico del poder coercitivo al consensual. La disciplina sociológica, subversiva durante la dictadura, era ahora una necesaria tecnología de gobierno y producción de consenso para la democracia.

En este marco, una perspectiva sobre el campo sociológico local ofrece contrastes problemáticos y perfiles paradójicos. Preguntarse sobre las razones de un escenario sociológico local virtualmente paralizado, reconocer un espacio en que la compulsión burocrática hacia la producción de *pappers* e informes académicos ahoga cualquier disquisición ideológica o política; interrogar un campo en que las cuestiones más importantes y urgentes de la disciplina carecen de cualquier relevancia frente al dictamen implícito de construcción de «objetos investigables», exige pensar la especificidad de las prácticas sociológicas y sus entramados institucionales de poder y saber.

Foucault no tardaría en demostrarnos el carácter paradójico que la universidad adquiere en este marco. Es la principal receptora, mediadora y divulgadora de una teoría que, simultáneamente, la revela como un eficiente órgano de control disciplinario en un incesante proceso de producción de específicos, aunque variables, «sujetos enunciativos» (Albano, S. 2001). La sociología misma y el ámbito institucional en que se inscribe evidencian su capacidad para «... producir por sí misma al sujeto, construyendo relaciones de sentido que producen representaciones que implican totalmente al alma hasta el punto de darle su forma mediante el poder soberano. En efecto, Foucault define al alma como el elemento donde se articulan los efectos de un cierto tipo de poder y la referencia a un saber» (Lemke, T., Legrand, S. y otros, 2006: 45).

El propio Foucault es hoy el más extravagante de los autores que las almas académicas, en tanto sujetos enunciativos universitarios, utilizan para legitimar una práctica sociológica sintetizada como canon metodológico invariable de incuestionable fiabilidad científica sosteniendo los curiosos y unánimes consensos que caracterizan los discursos de poder y resistencia sociológica.

¿Dónde buscar las razones de esta estructura relacional en que saber y poder se retroalimentan y coinciden especularmente?

Habrá que orientar la mirada hacia los claustros, cubículos, secretarías y direcciones para reconocer los engranajes de micropoder que producen, atraviesan y estructuran la subjetividad de alumnos, becarios, docentes, especialistas, masters.

Las rotulaciones discursivas con que poder o resistencia definen al propio Foucault son infinitamente variadas. Un estrategia de las relaciones de poder, un relativista radical, un estructuralista conservador, un ácrata decadente y angustiado, un nihilista desencantado. No importan. El ámbito institucional en el que se inscriben las relaciones de poder universitario produce siempre el mismo resultado: el autor de *Vigilar y Castigar* emerge canonizado como referencia ineludible para producir «efectos de verdad». Esta complaciente y autosatisfecha recepción que poder y resistencia ofrecen de Foucault, nos permite comprender por qué razón este último es cita obligada en todo proceso de validación académica. La propia universidad puede revestirse de aristas críticas y libertarias utilizando a Foucault para, simultáneamente, extasiar el snobismo académico del «poder universitario» o normalizar las ansias antisistémicas y las eventuales desviaciones de la «resistencia», estructurando un sistema de producción de saber que en cada una de sus sugerencias e insinuaciones evidencia una espesa estructura relacional de clientelismo académico.

¿De qué manera la Sociología se redujo a un conjunto de procedimientos y dispositivos técnicos de aplicación mecánica, un conjunto de «saberes» que legitiman a la sociología en su carácter más instrumental y unidimensional? «Una sociología que —al decir de Martín Nikolaus— mira hacia abajo, con las palmas hacia arriba» (Touraine, A., 1970: 27).

Gracias a una sistemática, invisibilizada precisamente por su omnipresencia, de reglamentaciones, metodologías, estatutos, códigos y preceptos que en nombre de la «verdad», incluso la foucaultiana, modela los cuerpos, amplifica los discursos, promueve nuevos espacios de inscripción para el saber, obturando en su despliegue la posibilidad de pensar al poder como generador, precisamente, de almas académicas. La subordinación de estas últimas adquiere un tono acorde al sutil universo de relaciones universitarias, hegemónicas por estrategias de poder mucho más tenues, furtivas y subrepticias, mucho más liberales y «meritocráticas» que represivas o prohibitivas.

La excepción quizás radique en esas coyunturas particulares en que los discursos se polarizan alrededor de supuestas disputas de poder. Quizás ninguna circunstancia más reveladora que los ejercicios eleccionarios universitarios: la polisemia de los discursos al desnudo evidenciando, no sólo la funcionalidad de las almas académicas para adecuarse a las orientaciones preestablecidas por el despliegue del poder, sino la autonomía que caracteriza a estos microespacios institucionales con relación a instancias macro en cualquiera de sus dimensiones: políticas, ideológicas, teóricas.

La imposición objetiva y la obsesión subjetiva por conquistar espacios diluirán toda distinción que trascienda los límites específicos de la academia. Oficialistas afuera, asumirán el carácter de opositores adentro y viceversa. Adjetivos y sustantivos caros a las almas académicas se entrecruzarán enluciendo los discursos de poder y resistencia. Las acusaciones cruzadas entre izquierdistas o derechistas, revolucionarios o conservadores multiplicarán la velocidad de circulación de los discursos en relación directa con la cercanía de la pretendida disputa. Las subjetividades se exaltarán hasta el desquicio frente al intento estéril por dar cuentas de la funcionalidad molecular y atomizada del micropoder desde telescopios alegóricos a las grandes ideologías, las disputas políticas nacionales o mundiales, los universales valores que guían el destino de la nación, la clase, la humanidad. Los discursos inundarán los espacios, multiplicarán la polaridad entre sus agentes, radicalizarán los posicionamientos y, en el preciso momento en que parezcan ocupar todas y cada una de las subjetividades, habrán cumplido su misión constitutiva: poner a salvo el régimen de producción de verdad que los contiene.

El poder y sus tramas produciendo sumisión en nombre de la participación, resignación en nombre del realismo, sujeción en nombre de la libertad, obediencia en nombre de la tolerancia y el respeto. La institución total, sostenida por los saberes de la democracia, la academia hecha cárcel en nombre de la libertad, la igualdad, los derechos humanos: la más crucial garantía contra ese viejo y tétrico

poder dictatorial.

### Los límites del poder: la contraconducta

«La crítica no tiene que ser la premisa de un razonamiento que terminaría diciendo: esto es lo que tienen que hacer. Debe ser un instrumento para los que luchan, resisten y ya no soportan por más tiempo lo existente. Debe ser utilizada en procesos de conflicto, de enfrentamiento, de tentativas de rechazo. No tiene que dictar la ley a la ley. No es una etapa en una programación. Es un desafío a lo existente»

(Foucault, M. en Raunig, G., 2006: 1).

¿Qué respuestas ofrecería Foucault para este escenario? ¿Es posible trascender las luchas entre poder y resistencia? ¿Se trata de una omnipotencia tan monolítica que no ofrece resquicios, fisuras o grietas para escapar a su reproducción? ¿El poder se disemina de tal manera en su incesante producción de subjetividad que no existen espacios para cuestionar, criticar, provocar, desobedecer o sublevar? ¿Qué tan lejos puede llevarse la muerte del sujeto? ¿Es posible establecer, crear, instituir nuevos sistemas de producción para «otras verdades»?

El propio Foucault definiría a la política como lucha por la conquista de los mecanismos de producción de verdad. Cambiar el mundo, sometiendo a Foucault a la célebre Tesis N°11, sería cambiar los regímenes políticos, económicos y culturales que producen verdad.

La fascinación que ejerció la revolución islámica iraní en el autor de la célebre «muerte del hombre», lo obligó a reconocer que bajo su sistema teórico el hombre que se subleva es inexplicable. Cuando las «manos desnudas iraníes» se enfrentaron a los tanques del sha en nombre del ayatolá Jomeini, el más insigne estudioso de los mecanismos de disciplinamiento y normalización reconoció críticamente los límites de su propia creación teórica. «El movimiento mediante el cual un hombre solo, un grupo, una minoría o todo un pueblo dice ¡no obedezco más!, arrojando a la cara de un poder al que considera injusto el riesgo de su propia vida, ese movimiento me parece irreductible» (Foucault, M., en Lemke, T., Legrand, S. y otros, 2006: 59). Desde esa certeza, Foucault reorientó su práctica proponiendo

una noción que, a pesar de ser sumamente vaga e imprecisa, ofrece inmensas pero poco transitadas proyecciones: contraconducta, lucha contra los procedimientos de producción de verdad.

Graficó esta potente noción retrotrayéndose a la crisis del catolicismo en la Europa del siglo XIII. En un contexto en que el poder se abroquelaba en el saber que suponía el monopolio de la interpretación escrita, Foucault menciona como contraconductas no sólo a las revueltas de los místicos, la resistencia contra la autoridad papal, la brujería o la herejía, sino fundamentalmente a «...la miriada de pequeñas y grandes anomalías en los márgenes de la inmanencia eclesial» (Raunig, G., 2006: 10).

Es cierto que los registros de aquellas experiencias fundantes en cuanto a contraconducta quedaron sepultados por la ofensiva inquisitorial, no obstante lo cual, ejemplos de contraconducta pueden rastrearse en numerosos ámbitos. En el de las publicaciones académicas, por caso, aunque se trate de ejemplos por la negativa: responder a las exigencias con que la academia convoca, emplaza, exige formatos, sugiere revisiones, recomienda modificaciones..., supone atravesar subjetiva y libremente un sinnúmero de mecanismos y dispositivos de poder con el objetivo estratégico de alcanzar un artículo «publicable»: quizás el más gráfico ejemplo de lo que, precisamente, no constituye «contraconducta».

## BIBLIOGRAFÍA

- ALVANO, Sergio. *Michel Foucault. Glosario Epistemológico*. Editorial Quadrata. Buenos Aires, 2007.
- BIRMAN, Joel. *Foucault y el Psicoanálisis*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 2008.
- BUTLER, Judith. «¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault». Versión Digital en <http://eipcp.net/transversal/0806/butler/es>
- LEMKE, T., LEGRAND, S. y otros. *Marx y Foucault*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 2006.
- FEINMAN, José Pablo. *La Filosofía y el barro de la historia*. Editorial Planeta. Buenos Aires, 2008.
- FOUCAULT, Michael. *Vigilar y Castigar, Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI. México, 1991.
- FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso*. Tusquets Editores. Buenos Aires, 1992.
- LACHAUD, Jean Marc (dir). *Cuerpos Dominados. Cuerpos en Ruptura*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 2007.
- RAUNIG, Gerald. «The Art of Critique», traducción de Raúl Sánchez Sedillo. Versión Digital en <http://transform.eipcp.net/Actions/discursive/artofcritique>
- TOURAINÉ, Alain y otros. *Ciencias Sociales: Ideología y realidad nacional*. Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires, 1970.